

# 1

## EL COMIENZO

Era un día como cualquier otro en la ciudad de Sevilla, situada en el transcurso del río Guadalquivir, en el sur de España. Por las mañanas se montaban increíbles atascos en las autopistas, cuando todos se dirigían al trabajo. Al igual que en los colegios normales, los de mercenarios tenían un horario que cumplir.

En uno del Distrito Norte se encontraba Pope, un estudiante de tercer año, que no destacaba lo más mínimo. Era un joven moreno de ojos negros, con una complexión media, que a menudo tenía la mirada perdida, ensimismado en sus pensamientos. Tal vez su mayor defecto era la falta de relación con el resto de estudiantes, y no era porque no conociese a nadie, sino por la combinación entre falta de interés y lo reservado que era.

Poco sabían de él, y muchos se preguntaban cómo era posible que siempre aprobase los exámenes con la nota justa para conseguir las becas de estudios, aunque la mayoría siempre afirmaba que era una persona con mucha suerte.

Ese mismo día, después de haber tenido dos horas de Historia, la clase de Pope se dirigió al patio a dar la clase de combate con espadas. Era una asignatura donde practicaban con espadas de madera y los alumnos se batían en distintos

duelos para mejorar sus calificaciones. El profesor se llamaba Manceón. Era bajito, de hombros anchos y bastante fornido. Solía intimidar a los alumnos al ser severo, exigente y muy disciplinado.

Manceón les reunió en un semicírculo para informarles de que habría una prueba en la que todos estarían obligados a participar y que tenían una semana para prepararse. La prueba consistiría en combates con espadas de madera y los clasificados serían los representantes de la escuela frente a las demás de la ciudad. Tras darles todos los detalles, les concedió una hora libre para practicar. Mientras tanto, se llevó a Pope a su despacho para tener una charla. No era la primera vez que seguía al profesor por el patio hasta su despacho, situado junto al gimnasio. Aquella habitación era un cuchitril sin ventanas, repleta de todo tipo de armas, y más parecía un cuarto de torturas que un despacho. Una vez dentro, el profesor cerró la puerta, encendió la luz, y el silencio se hizo mientras Manceón miraba fijamente a su alumno.

—Sé lo que planeas hacer —comenzó Manceón, rompiendo el silencio—. Si de verdad crees que te vas a volver a salir con la tuya, quiero que sepas que estás muy equivocado. En esa prueba va a estar más de la mitad del colegio y la mayoría de profesores, incluyendo al director, y si crees que voy a permitir que hagas lo que quieras, estás muy equivocado.

Sus palabras amenazantes apenas surtieron efecto en Pope, al que parecía importar poco lo que le dijese.

—No sé de lo que me hablas —respondió—, así que si no tienes nada más que decirme, iré a entrenar.

—Ándate con cuidado, porque si se te ocurre llevar a cabo tus planes, me aseguraré de que te retiren la beca, y los dos sabemos que sin ella tendrías que dejar la escuela.

Pope abrió la puerta y se alejó sin decir ni una palabra. La amenaza del profesor le había molestado y sabía que era de los que cumplían sus promesas, por lo que tendría que ir con cuidado si no quería perder la beca.

Durante esa hora todos entrenaron por parejas, a excepción de Pope, que se sentó en el césped a descansar. Incluso se tuvo que formar un grupo de tres cuando rechazó ponerse con nadie, pero a él no parecían molestarle las miradas de desprecio de sus compañeros, solo se dedicaba a disfrutar de la sombra mientras se acercaba el mediodía.

La clase terminó cuando sonó el timbre, y todos volvieron a su próxima clase. En los cambios, se formaba un increíble barullo en los pasillos, con alumnos entrando y saliendo de las aulas. La mayoría chocaban a posta con Pope, como si de un renegado se tratase, y así era en cierto sentido, pues no trataba de defenderse ni respondía a las burlas de sus compañeros, pero esa mañana fueron mas allá. Justo antes de entrar Pope en clase, un alumno hizo señas a otro, avisando de que estaba entrando.

Todo fue muy rápido, no pudo ver más que una sombra por el rabillo de los ojos y antes de que le diera tiempo a parpadear, notó cómo se mareaba, y sin poder evitarlo cayó. Unos cuantos se reían, mientras él, aún en el suelo, trataba de entender qué había pasado. Justo al lado de su mano derecha estaba el objeto volador que con acierto le había derribado: se trataba del borrador que usaban los profesores para la pizarra. No pudo evitar quedarse pensativo, mientras comenzó a sentir que algo tibio le bajaba por la frente hasta la nariz, donde pequeñas gotas comenzaron a caer manchando el suelo. ¡Era sangre!

Pope se levantó de mala gana cuando el profesor de Economía llegó y le mandó a la enfermería sin hacerle ningún

tipo de pregunta. Tan solo dijo: «vete a la enfermería antes de que lo pongas todo perdido».

Como era normal que en los colegios de mercenarios hubiese heridos, se impartían clases de *medicina práctica*, como ellos la llamaban, que se trataba básicamente de la especialización en curas por cortes y perforaciones.

La mayoría de estudiantes de Enfermería eran chicas, y tanto sus clases como la enfermería estaban situadas en el ala este del colegio. Las alumnas eran las que hacían las prácticas y había veces en que los heridos preferían desangrarse a sufrir a manos de alguna aprendiz de enfermera que no tenía ninguna aptitud para el cargo.

Pope se sentó en la sala de espera mientras la sangre seguía goteándole desde la nariz, aunque poco pareciese importarle. Una enfermera que pasaba por allí se le acercó mientras seguía cabizbajo.

—¿Otra vez tú por aquí? —le preguntó la enfermera—. Anda, vente conmigo, que hoy está de guardia una alumna de primero y yo tengo la hora libre.

Y agarrando de una mano a Pope, se dirigió a uno de los consultorios que estaban cerrados. Cuando levantó la cabeza vio que se trataba de Alice, una alumna que igual que él era de tercer curso, pero de Enfermería. Se conocían por sus continuas visitas a la enfermería, aunque más bien Pope a Alice, pues poca era la información que ella conseguía sacar a Pope.

Era una joven muy guapa, con los rasgos muy definidos y muy bien proporcionada. Además, era tan alta como él, con unos ojos claros de mirada amable, y su cabello castaño rojizo le llegaba hasta la cintura. A pesar de todo, no era muy popular, pues no solía mostrar ningún interés hacia los jóvenes de la escuela, y su indiferencia les molestaba, pues se sentían rechazados e ignorados. Parecía solo inte-

resada en Pope, y era muy persistente a la hora de lograr mantener una conversación con él cuando lo veía.

Mientras limpiaba su herida comenzó con su monólogo, intentando que Pope se animase a participar en la conversación.

—Parece que te has hecho una brecha —dijo para romper el hielo—, te tendré que coser la herida. Esto no te pasaría si te relacionases más... Además, ¿no hay nada que te gustaría hacer? ¿Algo que sueñes conseguir...?

Pope levantó la mirada hasta los ojos a Alice y por un momento dudó, pero su expresión tranquila le hizo confiar en ella, no parecía haber ningún motivo oculto detrás de aquella pregunta.

—Puede que haya algo que sueñe conseguir, pero los sueños no pertenecen a este mundo.

—¿Qué es? No creo que se trate de una chica guapa —dijo Alice, que no pudo evitar dejar escapar una sonrisa.

—Me gustaría crear un gremio... —añadió Pope, haciendo caso omiso a lo que había dicho ella—. Uno que fuera grande y poderoso, pero no es más que un sueño.

—¿Un gremio? Eso no es imposible de cumplir. Por lo que tengo entendido, primero debes tener un grupo de cuatro personas y un montón de dinero.

—Supongo que lo más difícil será conseguir que tres personas quieran seguirme —dijo él, dando paso a un suspiro.

—¡Ánimo, hombre! Si ya tienes la mitad de las personas que se necesitan para crear un gremio. Mira, contando conmigo somos dos, así que solo necesitarías dos más.

Pope quedó sorprendido por aquella joven.